

CANTO I

Proemio general

El extravío, la falsa vía y el guía seguro

La selva oscura. El poeta se extravía en ella en medio de la noche. Al amanecer sale a un valle y llega al pie de un monte iluminado por el sol. Se atraviesan en su camino tres animales simbólicos. Retrocede y se le aparece la sombra de Virgilio, que lo conforta y le ofrece llevarlo al linde del paraíso a través del infierno y del purgatorio. Los dos poetas prosiguen su camino.

En medio del camino de la vida,
errante me encontré por selva oscura,
en que la recta vía era perdida.

¡Ay, qué decir lo que era, es cosa dura,
esta selva salvaje, áspera y fuerte,
que en la mente renueva la pavora!

¡Tan amarga es, que es poco más la muerte!
Mas al tratar del bien que allí encontrara,
otras cosas diré que vi por suerte.

No podría explicar cómo allí entrara,
tan soñoliento estaba en el instante
en que el cierto camino abandonara.

Llegué al pie de un collado dominante,
donde aquel valle lóbrego termina,
de pavores el pecho zozobante;

miré hacia arriba, y vi ya la colina
vestida con los rayos del planeta
que por doquier a todos encamina.

Entonces, la pavora un poco quieta,
del corazón el lago, serenado,
pasó la angustia de la noche inquieta.

Y como quien, con hálito afanado
sale fuera del piélagos a la riba,
y vuelve atrás la vista, aun azorado;

así mi alma también, aun fugitiva,
volvió a mirar el temeroso paso
del que nunca salió persona viva.

Cuando hube reposado el cuerpo laso,
volví a seguir por la región desierta,
el pie más firme siempre en más retraso.

Y aquí, al comienzo de subida incierta,

una móvil pantera hacia mí vino,
que de piel maculosa era cubierta;

como no se apartase del camino
y continuar la marcha me impedía,
a veces hube de tornar sin tino.

Era la hora en que apuntaba el día,
el sol subía al par de las estrellas,
como el divino amor, en armonía

movió al nacer estas creaciones bellas;
y hacían me esperar suerte propicia,
de la pantera las pintadas huellas,

la hora y la dulce estación con su caricia:
cuando un león, que apareció violento,
trocó en pavor está feliz primicia.

Veníame en contra el animal, hambriento,
rabioso, alta la testa, y parecía
hacer temblar el aire con su aliento.

Y una loba asomó, que se diría
de apetitos repleta en su flacura,
que hace a muchos vivir en agonía.

De sus ardientes ojos la bravura
de tal modo turbó mi alma afligida,
que perdí la esperanza de la altura.

Y como aquel que gana de seguida,
se regocija, y al perder desmaya
y queda con la mente entristecida,

así la bestia me tenía a raya
y poco a poco, en contra, repelía
hacia la parte donde el sol se calla.

Mientras que al hondo valle descendía,
me encontré con un ser tan silencioso
que mudo en su silencio parecía.

Al divisarlo en el desierto umbroso,
¡ Miserere de mí! , clamé afligido,
hombre seas o espectro vagaroso.

Y respondió: Hombre no soy: lo he sido;
Mantua mi patria fue, y Lombardía

la tierra de mis padres. Fui nacido,

Sub Julio, aunque lo fuera en tardo día,
viví en Roma, bajo el buen Augusto,
en tiempo de los dioses de falsía.

Poeta fui; canté aquel héroe justo,
hijo de Anquises, que de Troya vino
cuando el soberbio Ilión quedó combusto.

Mas tú, ¿por qué tornar al mal camino
y ...

...se extiende,
en larga vía el áspero camino,
y ya a la media tercia el sol asciende.

No era, por cierto, un sitio palatino
aquel recinto, triste y desolado,
sin luz, y el suelo duro y salvajino.

Al dejar el abismo condenado,
poniéndome de pie, dije a mi guía:
sácame del error que me ha turbado.

¿Do está el cielo? ¿Cómo ése que se erguía,
nos muestra su estatura trastornada?
¿Cómo la noche se convierte en día?

Y él a mí: Tu cabeza preocupada
estar piensa en el centro en que me viste
asir el pelo del que al mundo horada.

Mientras que yo bajaba, allí estuviste
y al revolverme, descendiste, al punto
que todo peso atrae de cuanto existe.

Ahora, de otro hemisferio te hallas junto,
que es por la Tierra Santa cobijado,
bajo de cuya cima fue consunto.

EL que nació y viviera sin pecado:
tienes los pies sobre la estrecha esfera
que la Judeca forma al otro lado;

aquí, amanece; allá, la sombra impera;
y éste que por escala nos dio el pelo,
está lo mismo que antes estuviera.

A esta parte cayó del alto cielo,
y la tierra, al principio dilatada,
con espanto tendió del mar el velo,

y a este hemisferio arrebatada;
y dejando vacío al centro roto
aquí formó montaña levantada;

y abajo, allá, de Belzebut remoto,
del largo de su tumba una rotura,
que no se ve, más que cercana noto

por el son de arroyuelo que murmura,
bajando lento con andar tortuoso,
y en la roca ha cavado su abertura.

Entramos al camino tenebroso,
para volver a ver el claro mundo,
y, sin cuidarnos de ningún reposo,

subimos, él primero y yo segundo,
hasta del cielo ver las cosas bellas:
por un resquicio de perfil rotundo,

a contemplar de nuevo las estrellas.